

## RESUMEN DE PRENSA

## COMENTARIO DE ACTUALIDAD

Ramon Boixareu

En una fase de la construcción europea en la que la Unión se las ve y se las desea para integrar a nuevos miembros de Europa central y oriental, adquieren actualidad algunas de las preocupaciones de hace 20 años, cuando se produjo la admisión de dos países menos desarrollados, aunque europeos occidentales: España y Portugal.

He ahí un evento que puede resultar oportuna recordar y que se hará aquí de la mano de un análisis de Renwick McLean (*Lessons of Spain and Portugal. EU money provides contrasting results*) aparecido en el número de *Herald Tribune* de 19 de julio.

Permitiendo el acceso a la Unión de dos países pobres que habían tenido hasta hacía poco regímenes políticos autoritarios (*repressive*) se le planteaban a la Comunidad Europea posibles problemas desconocidos hasta entonces. ¿Cómo afectaría a la economía de la Unión el proceso de igualación que iba a iniciarse? ¿Cuál sería el volumen de la mano de obra que, súbitamente, se lanzaría probablemente sobre Europa en busca de mejores sueldos?

Esos temores resultaron ser exagerados, en parte porque se habían subestimado los futuros efectos transformadores del dinero de la Unión. Los miembros más ricos de ésta, en especial Alemania, proporcionaron importante ayuda financiera todos los años para que España y Portugal se desarrollaran y aproximaran su nivel de renta al del resto del bloque.

Ahora, cuando la UE debate la desviación de una gran parte de dicha ayuda hacia los países más pobres admitidos el año pasado, las experiencias de España y de Portugal ofrecen lecciones útiles sobre cómo gastar el dinero... y sobre cómo no gastarlo. Existe un amplio acuerdo entre los estudiosos de ambos países en que España, en gene-

ral, ha invertido los fondos recibidos más productivamente que Portugal.

“Los hechos pueden ser examinados desde diferente puntos de vista, y las conclusiones son casi siempre las mismas: los recursos han constituido un gran estímulo para la economía española”, dice Paul Isbell, un analista del Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos, con sede en Madrid. “Si se contempla el caso de Portugal no se ven los mismos efectos benéficos”.

En España, los positivos efectos de la ayuda son evidentes: modernas infraestructuras, mejoras de la productividad laboral, incrementos de la renta per cápita y una economía floreciente.

La ayuda también ha contribuido a que se suavizaran los efectos a veces delicados de los cambios estructurales, como pudo ser la liberalización del mercado laboral y la privatización de empresas nacionalizadas.

Portugal, en cambio, utilizó principalmente la ayuda para expansionar su economía, pero sin modernizarla de forma que encontraran solución viejos problemas, entre los que figura el déficit creciente del presupuesto, un sector público mortecino, una gran evasión fiscal y un sistema educativo inadecuado. Así ven la situación los propios observadores portugueses.

“Los economistas portugueses están de acuerdo en que su país ha gastado la ayuda con la idea de aplazar la resolución de los difíciles problemas que le afligen”, ha dicho S. Royo, un profesor de derecho político de la Universidad de Suffolk, en Boston, autor de diversos trabajos sobre la integración de España y Portugal en la UE.

En la actualidad, el déficit presupuestario de Portugal supone entre el 6 y el 7 por 100 del PIB.

El sueldo de los funcionarios representa alrededor del 15 por 100 del producto interior bruto, y el nivel educativo del país es uno de los más bajos de Europa. Desde que accedió a la zona euro, Portugal ha sido amonestado en dos ocasiones por registrar unos déficit excesivos, al tiempo que España ha sido un miembro modelo de la zona.

Es más. La manera cómo Portugal ha utilizado los fondos de la UE parece como si hubiera contribuido al empeoramiento de sus problemas. Así, por ejemplo, Portugal incrementó la contratación de funcionarios (*government hiring*) en tiempos de bonanza económica, en vez de suspenderla.

“Cuando la economía creció a un buen ritmo, en especial a finales de los años 1990, el sector público se convirtió en una especie de patronazgo”, dice Royo. Hoy, alrededor de uno de cada siete trabajadores es, en Portugal, un empleado del Estado, que, según la Constitución, no puede ser despedido.

Sea como fuere, el caso es que Portugal ha progresado mucho desde su acceso a la UE en 1986. Antes de la ampliación de la Unión, el pasado año, a 25 miembros, la renta per cápita de Portugal había subido hasta alcanzar el 75 por 100 del promedio de la UE, frente al 55 por 100 anterior.

A lo largo del mismo período, la renta per cápita de España alcanzó el 90 por 100 de la media comunitaria, frente al 70 por 100 previo. La economía española, mientras tanto, se ha estado expandiendo durante 12 años consecutivos mientras Portugal se halla enfangado en la deuda y lucha por salir de una recesión.

Y aunque la gestión de la ayuda de la UE es sólo uno de los elementos que han contribuido a la obtención de esos resultados tan diferentes, muchos son los expertos que creen que ese ha sido un factor muy significativo.

De cara al futuro, no se espera que los países de Europa Central y del Este que recientemente accedieron a la UE reciban una ayuda tan generosa como la que han recibido España y Portugal. De 2004 a 2006, los nuevos miembros, en conjunto, recibirán 20 m.m. de euros, aproximadamente, lo mismo que Portugal habrá recibido de 2000 a 2006. La suma de España, para el mismo período, habrá sido superior a 55 m.m.

En el próximo presupuesto, de 2007 a 2013, se espera que los recursos para los nuevos miembros

augmenten, mientras que la suma de lo que vayan a recibir España y Portugal será menor. Ahora bien, como han señalado estos dos países, lo que las economías de los nuevos miembros progresen y el grado en que los mismos se integren a Europa dependerá más de cada uno de ellos que de Bruselas.

“Lo más importante no es la cantidad de dinero que reciban”, ha dicho Royo. “Lo decisivo es la manera cómo lo gasten”.

El mismo *Herald Tribune* inició, con fecha 3 de octubre, una serie de artículos dedicados a subrayar las características más destacadas de la economía actual. El primero de ellos, firmado por James Kanter, y titulado “La economía de las ideas” (*The idea economy*) recogía algunas observaciones más o menos originales, pero interesantes.

En otras épocas, venía a decir el *Tribune*, los más preciados activos de un país eran sus recursos naturales: carbón, o toneladas de trigo. Ahora bien, en la economía de la información del siglo XXI, el recurso principal es frecuentemente una idea, unida al derecho de sacar provecho de ella.

Esta realidad está transformando el mundo de las empresas y crea nuevas líneas diplomáticas divisorias entre continentes. Algunas compañías —Thomson, de Francia, en el campo de la electrónica de consumo, y BTG, de Gran Bretaña, en tecnología, por ejemplo— pueden ganar más dinero vendiendo el acceso a sus ideas que fabricando alguno de sus productos.

De Estados Unidos a Europa y al Japón se vendieron más patentes en los pasados 20 años que en los anteriores 100, lo que evidencia que la protección de los derechos a una idea es en sí mismo cada día más importante. “Las patentes, así, se convierten en los activos más valiosos de cualquier economía”.

Pero nos hallamos ante una crisis, dicen representantes de los gobiernos, ejecutivos empresariales y expertos universitarios, y la fuerza que ha de decidir quienes son los vencedores y quienes los perdedores está en entredicho.

Hoy, el proceso de capitalizar —bien financieramente, bien socialmente— la innovación y la creatividad se halla en peligro por la amenaza de una revolución digital de una dimensión y de una celeridad jamás vista. En unos tiempos en que muchos

de sus mejores activos pueden ser compartidos e intercambiados con facilidad, empresas y administraciones se esfuerzan por redefinir quien posee qué.

La dificultad de precisar dónde trazar la línea que separa la propiedad de ideas supondrá inclu-

so más litigios y mayores gastos en el Congreso norteamericano y en el Parlamento europeo. En último término, dicen los expertos, algunas innovaciones y creaciones no serán nunca explotadas debido a lo que cuesta —en dinero y en tiempo— precisar los derechos que comportan.